

Recensiones

PRADO POSTIGO, A. de, *Con infinito exceso. La fe cristiana a la luz de un Amor sobreabundante*, Sal Terrae, Santander 2016, 432 pp. ISBN: 978-84-293-2600-0.

La mejor reseña de la presente obra del joven teólogo Adrián de Prado Postigo nos la brinda el prologuista de la misma, el profesor de Comillas Ángel Cordovilla, donde se pone de manifiesto tanto la vigencia del punto de vista adoptado (eso del 'infinito exceso'), como del autor de la obra, un joven formándose en teología y con la capacidad de ofrecer ya una 'palabra personal y propia'.

Adrián de Prado es religioso claretiano, y oriundo de Segovia. Licenciado en Filología Española. El libro que presentamos es el fruto maduro y pensado y meditado de su trabajo de Memoria de Bachiller en Teología.

El título de la obra, 'Con infinito exceso' (tomado de la *Llama* de san Juan de la Cruz), se convierte en el *leitmotiv* que recorre todo el libro, dando, no solo unidad y coherencia a su estudio, sino también convirtiéndose en foco hermenéutico de esta cuidada síntesis de la teología cristiana: dicho 'exceso' no es otro, para el autor, que el del amor. Un clásico de antaño, de la literatura y la mística española del siglo XVI, y un teólogo de hogaño, Adolphe Gesché, son las mejores bases sobre las que se sustenta tanto el título de la obra como la clave de lectura seleccionada por el autor.

En cuanto al contenido de la obra, estructurado a través de metáforas espaciales (que recuerdan mucho a san Buenaventura y su famoso *Breviloquium*, y antes san Pablo), el lector se encontrará con cuatro partes perfectamente equilibradas en cuanto a sus contenidos. La primera parte, titulada 'Con infinito exceso' se subdivide en dos secciones que remiten al 'corazón' y la 'luz' respectivamente: en ella se asientan las fuentes y fundamentos del saber teológico. La segunda parte, 'Con infinita anchura', nos habla del exceso de la 'caridad' y de la 'creación': en ellas Dios (la Trinidad) y el hombre son los protagonistas.

En la tercera parte, 'Con infinita anchura y profundidad', se centra en Cristo y la salvación. Y la cuarta, 'Con infinita longitud', recoge aspectos de la vida cristiana relativos al futuro (escatología), la comunidad y los sacramentos. A modo de inclusión se abre y cierra el estudio con dos breves secciones dotadas de un lenguaje del género orante, casi teología arrodillada: entre la admiración de la apertura y el agradecimiento del cierre.

Las fuentes bíblicas recorren toda la obra. Y junto a ellas, los grandes teólogos de la tradición cristiana: las referencias a pie de página son, a este respecto, tan amplias como minuciosas y rigurosas. Y no menos los místicos (especialmente san Juan de la Cruz, al que el autor, segoviano y buen filólogo, rinde un continuado tributo), y buena parte de la rica tradición literaria española. Como el mismo autor pone de manifiesto en la presentación de su trabajo, este libro se puede leer como meditación bíblica, pero no menos desde la contemplación mística y, por supuesto, como travesía teológica ante todo.

El objetivo que el propio autor se marca a la hora de escribir la primera parte de su estudio lo plantea en los siguientes términos: «Desearíamos que nuestras reflexiones se adecuaran lo más posible a su vocación teológica, pues en definitiva nos mueve la pasión por contemplar y explicar con la mayor hondura y fidelidad posibles la lógica interna de la revelación, el plan divino de salvación del que participamos por gracia y al que nos entregamos en libertad» (p. 37). Esas palabras, 'contemplar y explicar con hondura y fidelidad', las podemos hacer extensivas al resto de las partes del libro y al contenido respectivo de cada una de ellas. Se trata de un objetivo que queda sobrada y excesivamente cumplido en el conjunto del estudio.

La única objeción (y secundaria) que cabría hacer a la presente obra es la relativa al estilo. Escrita con un estilo muy cuidado, atento a una precisa selección léxica y a una sabia combinación del rigor conceptual con la veta literaria, da la impresión de que por momentos el autor cae en el 'exceso' afectado, y ya decían nuestros clásicos del siglo XVI que 'en ninguna lengua está bien el afectación' (Juan de Valdés). Si bien el exceso siempre es bien recibido en las virtudes teológicas, conviene no trasladarlo al estilo literario. Pero un escritor joven y brillante como el autor del presente trabajo, sabrá purificar este aspecto, dando paso a un estilo donde brillen la sobriedad y la discreción, en consonancia con nuestros mejores clásicos. Es solo cuestión de tiempo. No nos cabe la menor duda al respecto. Porque a buen seguro que el Espíritu seguirá moviendo la pluma de este prometedor y jovencísimo teólogo.

Cierra su obra Adrián de Prado en prosa poética, casi orante, fragmentada, densa: «Sucede siempre. Acabas en silencio. La lumbre y su rescoldo. La alborada. Un suave *amén* cayendo de los labios. Todo sumido en luz, en pie, corazonado». Y la sensación de que 'las puertas del misterio se abren siempre desde dentro' (E. Jünger, citado en p. 72). Es aquí mismo donde el autor se permite parafrasear al teólogo alemán, para traducir al lenguaje de la calle la mejor y más noble aportación que ha de hacer todo discurso teológico: «Antes que hospitalidad humana que acoge y medita la palabra de Dios, la teología es visitación de la Palabra de Dios al corazón humano». Algo de esto, y aun mucho, es la presente obra. JUAN ANTONIO MARCOS